

LA POLITICA PASO A PASO DE ANUAR AS SADAT

Digo la política *paso a paso* de Anuar As Sadat y no de Kissinger, a quien todo el mundo se la adjudica en exclusiva, porque sin el primero no hubiera sido posible y porque además esa política no es nueva en Egipto, sino que ya hace muchos años, desde los primeros tiempos de su lucha con los ingleses para conseguir su independencia, se puso en práctica. Nada menos que el gran Saad Zaglul, el Padre del Valle del Nilo, y fundador del partido *Uafd* usó de esa táctica para conseguir las concesiones que obtuvo entonces, y en la que le siguió su sucesor, Mustafa Nahas Bacha, hasta firmar el tratado de independencia en 1936.

Cuando, en 1970, Sadat se hizo cargo de la presidencia de la nación, en las difíciles condiciones en que se la dejó la prematura muerte de Nasser, su acción hubo de amoldarse a las condiciones de esta herencia, no sólo en su país egipcio, sino en todo el mundo árabe, del cual Nasser había sido el jefe más representativo y el que había polarizado en su persona las aspiraciones de la Nación Árabe.

Estas circunstancias estaban marcadas de lejos por el humillante resultado de la guerra contra Israel de junio de 1967, conocida más corrientemente con el nombre de *Guerra de los Seis Días*. Esta guerra marcó no sólo a los dirigentes árabes de todos los países que componen la citada nación, sino a todo el pueblo de ésta, pero muy particularmente a los egipcios, puesto que ellos eran la parte más caracterizada de la nación áraba, en quien todos tenían puestas sus esperanzas, a las cuales no respondieron, y la que había sufrido las pérdidas más tremendas en hombres, material y extensión territorial. Desde el otro lado del canal rumiaron su humillación, y desde entonces Nasser no levantó cabeza, y probablemente ese disgusto y frustración influirían en su prematura muerte.

No cabe duda que, después de este trauma, tuvieron la sensación de haberse visto insuficientemente asistidos por sus valedores soviéticos, en consejo y en ayuda material o por lo menos no en el grado

a ultranza en que Norteamérica lo hizo con sus protegidos israelitas. Para éstos la ayuda ha sido de un modo absoluto y totalmente incondicional, cosa que no sucede con la que los soviéticos dan a los regímenes socialistas árabes que a ellos se arriman.

Se hizo claro en la mente de muchos egipcios preclaros y, en primer lugar, en la de Sadat y probablemente también antes en la de Nasser, que los soviéticos no perseguían la defensa de los intereses árabes, sino los suyos propios de extensión de su influencia más allá de los límites que la *doctrina de la contención* de la principal potencia marítima mundial le había fijado. Se dieron cuenta esos egipcios que lo que la URSS perseguía era una «tensión controlada» en la situación de «ni guerra ni paz». De este modo siempre tendría un pie en la zona. Era el mismo móvil que antes, en 1948, había inducido a dicha potencia a favorecer la creación del estado espúreo de Israel.

Pero había otros factores además del propósito de «borrar las huellas de la agresión», expresado de un modo tan solemne en la Conferencia de Jartum, donde por cierto se produjo la significativa ausencia de Siria, cuyo presidente era a la sazón Nur ed Din Al Attassi. Estos factores eran, en primer lugar, reconstruir el poder militar egipcio, después, mejorar en lo posible el nivel de vida de un pueblo que tanto llevaba sufriendo y, por último, mejorar el quebrantado prestigio de la nación más caracterizada del mundo árabe, no sólo en este ámbito, sino en el mundo entero. Pero las cosas ya no iban a ser lo mismo que en tiempos de Nasser, a quien ya Faisal de Arabia había obligado a retirar sus fuerzas del Yemen después de una inútil pugna de más de seis años.

Es indudable que Sadat no iba a hacer borrón y cuenta nueva de los ideales que Nasser había puesto en la bandera de los egipcios independientes de 1952 y en la de todos los árabes, pero los caminos iban a ser otros. Por eso en un artículo suyo publicado en la revista *Foreign Affairs*¹ se ratificaba en los principios que la revolución egipcia de dicho año había fijado como objetivos principales y adoptado como divisa: Libertad, Socialismo y Unidad. Hacía la aclaración que estas palabras no tenían el mismo significado que para un occidental, resultando difícil su exacta traducción. En síntesis, para él la libertad significaba la no alineación con ningún bloque que les llevara a defender intereses extraños a los suyos y luchar por reforzar las fuerzas legales, políticas y morales del mundo, actitud que, según él,

¹ ANWAR EL-SADAT: «Where Egypt Stands», *Foreign Affairs*, vol. 51, núm. 1, octubre 1972, p. 114.

debía haber sido adoptada por todos los Estados miembros de las Naciones Unidas, porque «¿Cómo podría el tribunal de las naciones llevar a cabo sus graves responsabilidades si sus miembros fueran a agruparse en bloques permanentes? ¿Cómo se podrían juzgar por sus propios méritos materias de justicia internacional, materias de paz y guerra? La no alineación sería la palabra para indicar esta actitud.»

Pero afirmar que Egipto no se alinea con el Este o el Oeste —un curso que mantendrá— no significa neutralidad en relación con los grandes supuestos internacionales de justicia, moralidad y exigencias de progreso humano. Y más adelante dice: «Libertad del (dominio) extranjero no ha sido la única libertad que Egipto ha deseado. A lo largo de los pasados veinte años hemos tratado de libertar a nuestro pueblo de la explotación y de la necesidad. Hemos tratado también de asegurar la libertad y dignidad del individuo. Reforma de la (propiedad) de la tierra, aprovechamiento del Nilo, laboreo de minas e industrialización, todo ello era esencial si queríamos conseguir esa libertad de la explotación y la necesidad. El sistema adoptado como armazón para estas reformas fue "socialismo", la segunda palabra en nuestra divisa nacional. El socialismo en Egipto tenía que ser diferente. Lo que es esencial es dar a cada egipcio las oportunidades apropiadas y a la nación como un todo el plan más acertado para su desarrollo.» Por supuesto que este desarrollo está listo para aceptar la ayuda que le quieran prestar los países desarrollados, una responsabilidad a la que éstos han de hacer frente para que el hombre progrese hacia la libertad, pero sin hipotecas. Sin hipotecas y sin lucha de clases: «Nuestro socialismo, de acuerdo con esto, tiene que solucionar todas las contradicciones de clases de un modo pacífico y la fórmula para alcanzar ésto fue la alianza entre todas las fuerzas trabajadoras, dentro de la cual el intelectual y el capitalista nacional —el industrial, el comerciante y el labrador—, junto con el trabajador, el campesino y el soldado puedan trabajar y cooperar. Esta alianza es todavía la médula de nuestra estructura política en Egipto»². Es decir, que es un socialismo muy especial que no indica clientela hacia una gran superpotencia. En un número anterior de esta REVISTA tuve ocasión de ocuparme de él³.

Por lo que se refiere a la unidad, la tercera palabra de la divisa a que hemos hecho alusión, se refiere a la unidad con el mundo

² *Ibidem*.

³ FERNANDO FRADE: «La vía socialista del Islam», REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL, núm. 84, marzo-abril 1966, p. 105.

árabe que le rodea, y en este aspecto, los factores básicos que Egipto considera son dos: el primero, que cualquier amenaza a la independencia e integridad territorial de cualquiera de los Estados árabes vecinos es realmente una amenaza a su propia independencia e integridad territorial, y, segundo, que cualquier ayuda prestada a cualquier Estado árabe para hacer frente a tales amenazas es un acto de autodefensa colectiva árabe.

«La política egipcia hacia la unidad árabe puede formularse de un modo muy breve y claro. No es el esquema imperial. No es una política de coerción, presión ni incluso de persuasión. Egipto está listo para ir con cualquier país árabe tan lejos como él desee. No queremos que vaya más lejos ni más rápido de lo que él desee»⁴. En esto los resultados posteriores han sido de desengaño y retroceso, pues ninguna nación árabe está madura todavía para uniones de este tipo. Estiman mucho todavía su nacionalismo local y los casos de proyectos de uniones con Siria, Libia y Sudán lo han demostrado cumplidamente, pero los ideales son los ideales y algún día pueden llegar. Sólo hay que tener paciencia y tacto, y esto no le falta a Anuar As Sadat. Quizá estas experiencias le hayan llevado a poner el énfasis en su política en el progreso y mejora de su propio pueblo, como un paso hacia otros fines más exaltados, y entonces empezó a pensar que sería más conveniente buscarse un mayor concurso de las naciones occidentales, en particular de la líder de éstas, los Estados Unidos, con lo cual, de paso, atraería hacia él algo de la atención que esta nación dedicaba a Israel casi en exclusiva. Quizá en su mente comenzó a germinar la idea de rebajar la unión íntima americana-israelí. Atrayendo a Estados Unidos con concesiones, algo le quitaba a Israel, y América cedería, pues también ella le quitaba algo a la URSS, como era el sostenimiento en exclusiva de la más poderosa nación árabe. En esto es probable recibiera el aliento de Faisal, un tanto parecido a Anuar As Sadat en el quehacer político. La ayuda de los petrodólares de éste y también la del Shah del Irán, unida a la tecnología americana, sustituirían con ventaja la magra de la URSS, sujeta además a tantos condicionamientos, pero esto se empezó a ver después de la Guerra del Ramadán en 1973. Mientras Nasser vivió, su determinación de seguir la consigna de Jartum, de «borrar las huellas de la agresión», sólo podía ser servida por la ayuda soviética, y como ésta no llegaba en la cuantía que necesitaba ni del modo que él quería, lo único que estaba a su alcance era la

⁴ *Op. cit.*, p. 116.

guerra de desgaste para que el enemigo no llegara a adquirir la sensación de que podía vivir tranquilo y seguro después de su aplastante victoria. Esta guerra se combinó con maniobras diplomáticas cerca de las superpotencias para que éstas obligaran a los dirigentes israelitas a hacer un máximo esfuerzo de flexibilidad respecto a las exigencias árabes de retirada de los territorios ocupados, amparados en la resolución 242 del Consejo de Seguridad. A este respecto citaremos los cinco pilares de la política israelí formulados por el jefe de gobierno Levi Eshkol en diciembre de 1967:

- Consecución de una paz permanente.
- Negociaciones directas para dicha consecución en forma de un tratado.
- Libertad de navegación israelí por el Mar Rojo y el Canal de Suez.
- Determinación de fronteras seguras, reconocidas y acordadas para ser incorporadas a dicho tratado de paz.
- Arreglo del problema de los refugiados dentro de un contexto regional e internacional.

Al mismo tiempo que hacían públicas estas demandas, como eran de la opinión que los árabes sólo comprenden el lenguaje de la fuerza, devolvieron los golpes de la guerra de desgaste con más violencia que sus oponentes, y Nasser, al no recibir de los rusos toda la ayuda que necesitaba, les amenazó con abandonar el poder y dejarlo en manos de políticos más inclinados hacia las potencias occidentales que él. Fue ese el momento en que el secretario de Estado norteamericano William Rogers propuso los planes que llevaron su nombre para llegar a un acuerdo entre los beligerantes. El primer Plan Rogers, al que se conoció con el nombre de «Plan A», instaba a los israelíes a retirarse de los territorios ocupados, de acuerdo con la resolución 242 del Consejo de Seguridad, y a los árabes, a llegar a un acuerdo de paz, garantizando la integridad de Israel. Respecto al problema de los palestinos, se refirió a él de un modo vago, diciendo que no podía haber una paz duradera sin un arreglo justo del problema de los «refugiados árabes», cuyos deseos y aspiraciones había que tener en cuenta, pero también la de los legítimos gobiernos de la zona. Lo único concreto era la promesa de una ayuda generosa del Gobierno de los Estados Unidos. Respecto al otro problema espinoso, el de Jerusalem, precisaba algo más. Decía que no se podían aceptar acciones unilaterales, que debía haber libertad de circulación

y un acuerdo entre las partes interesadas que, prácticamente se refería a Jordania e Israel, aunque señalaba que se tuvieran en cuenta los intereses de otros países.

Los elementos principales para un acuerdo global entre Egipto e Israel se pueden sintetizar en los tres siguientes:

- Llegar a un compromiso obligatorio entre la RAU e Israel para hacer la paz, con las obligaciones específicas inherentes, entre las cuales se resaltaba la de evitar actos hostiles.
- Detallar entre las estipulaciones de paz las relativas a las garantías de seguridad, las cuales serían preparadas por las dos partes bajo los auspicios del embajador Jarring, representante especial de las Naciones Unidas, siguiendo procedimientos análogos a los utilizados por Bunche, en las conversaciones de Rodas que siguieron a la guerra de 1948. Estas garantías se referían principalmente a la zona de Charm ech Cheij que controla el acceso al golfo de Akabaa, la necesidad de la existencia de zonas desmilitarizadas previstas en la resolución 242 del Consejo de Seguridad y a la zona de la Franja de Gaza.
- Retirada de las fuerzas israelíes del territorio egipcio, dentro del acuerdo de paz y las garantías de seguridad establecidas, necesarias para salvaguardar la paz.

Este plan fue rechazado por el Gobierno israelí, haciendo que la apertura de Nasser hacia los Estados Unidos no obtuviera ningún fruto y que continuara la guerra de desgaste, con la consiguiente petición de más armas y más modernas de ambos beligerantes a sus respectivos suministradores. Sin embargo, el 1 de mayo de 1970, Aba Eban anunció que Israel estaría dispuesto a hacer concesiones en bien de la paz que sorprenderían al mundo. Por su parte la jefe de Gobierno, Golda Meir, dijo ante la Knesset, al día siguiente, que su gobierno aceptaba la resolución 242 del Consejo de Seguridad, aunque claro, añadió que no aceptaba la interpretación desviada y falseada de los países árabes⁵. También dijo que estaba su gobierno dispuesto a aceptar una fórmula de conversaciones análoga a las de Rodas.

A la vista de esto Rogers propuso entonces su «Plan B» que, sintetizado, se componía de los tres puntos siguientes:

⁵ Se refiere a la interpretación ambigua de: «devolución de todos los territorios ocupados» como dice en la traducción francesa o «devolución de los territorios ocupados».

- Aceptar su voluntad de llevar a cabo la resolución 242 del Consejo de Seguridad en todas sus partes, designando representantes bajo los auspicios del embajador de las Naciones Unidas Jarring, lugares para llevar a cabo conversaciones, fechas, etc.
- Hacer que el propósito de las discusiones fuera el de llegar a un acuerdo para el establecimiento de una paz justa y duradera que entrañara el reconocimiento de la soberanía, integridad territorial e independencia política de los Estados de la zona, con la subsiguiente retirada de Israel de los territorios ocupados, es decir, llevar a la práctica las cláusulas de la susodicha resolución.
- Observar un alto el fuego desde el 1 de julio hasta, por lo menos, el 1 de octubre, con objeto de facilitar al embajador de las Naciones Unidas su tarea de promover el acuerdo.

Egipto aceptó este nuevo plan el día 23 de julio haciendo unas reservas relativas al reconocimiento de los palestinos y haciendo hincapié en que la retirada debía ser de todos los territorios ocupados.

Israel tardó unos días más en aceptarlo, tras una enconada discusión en la Knesset, y para eso tuvo que recibir una carta de Nixon con fuertes seguridades respecto a la recepción de ayuda de los Estados Unidos y que este gobierno no le impusiera una solución.

Esto era una cesión en relación con las demandas contenidas en los cinco pilares citados de la política israelí, puesto que aceptaba retirar su demanda de negociaciones directas, aceptaba también retirarse de todos los territorios ocupados y, en fin, se comprometía a cumplir todas las previsiones establecidas en la resolución 242 del Consejo de Seguridad.

A su vez, a Nasser le suponía imprimir un cambio a su política seguida hasta su aceptación del «Plan Rogers B». En ese momento murió, y la tarea le fue transferida a Anuar As Sadat, que ciertamente se hizo cargo de la dirección de los asuntos del país en un momento crítico para éste y también para el conjunto del mundo árabe, pues aquellos eran los días de los fuertes enfrentamientos de los palestinos con el ejército jordano, conocidas en el mundo con el célebre nombre de *Septiembre negro*. Anuar As Sadat no varió las premisas de Nasser, pero sí varió su política, aunque lo hizo de un modo sutil. Yo creo que había una cosa que le martilleaba la mente: la excesiva separación de su país de los Estados Unidos que, por lo que se lee en su artículo citado, atribuía a la gran influencia de Israel en dicha gran potencia:

«Debe mencionarse aquí el asunto Lavon. Agentes israelíes fueron enviados a El Cairo con la misión de volar edificios americanos e ingleses y, en general, para cometer crímenes contra los americanos e ingleses que aparecerían como cometidos por los egipcios. Israel trabajó muy activamente para mantener a Occidente a su lado, especialmente a los Estados Unidos. Este fue el comienzo de un implacable esfuerzo israelí para crear una bipolarización en nuestra zona. Se acomodaba a la política israelí de presentarse como fortaleza de Occidente en Oriente Medio frente al bloque oriental»⁶.

No es arriesgado deducir de esto que Sadat llegó a la conclusión de que era absolutamente necesario que Egipto rompiera su excesiva dependencia de la Unión Soviética que le restaba capacidad de maniobra diplomática, máxime cuando había visto claramente que los soviéticos habían llegado al máximo de lo que harían por Egipto y el fallo de Nasser en comprometerles. Por otra parte, creía muy lógicamente, que los Estados Unidos eran clave para resolver el problema de Oriente Medio y que éstos, como hemos dicho, habían estado, hasta el momento, sometidos a la influencia en exclusiva de sus enemigos israelíes. Podemos pensar, en este contexto, que Sadat es más cauto, más pragmático y más de andar con los pies bien puestos sobre el suelo que Nasser, que era un gran idealista.

En contra de este movimiento de aproximación de Egipto a los Estados Unidos estaba la lucha citada desencadenada entre jordanos y palestinos, la cual, a su vez, trajo una gran tensión entre jordanos y sirios y que tuvo como efecto acercar aún más a israelíes y norteamericanos, lo que no sólo cortó el movimiento de aproximación de Sadat a Norteamérica, sino que trajo contra éste una conspiración por parte de los elementos prosoviéticos de su gobierno cuya eliminación produjo una crisis en sus relaciones con la URSS.

Resumiendo las reflexiones de Sadat, creo que podemos sintetizarlas en los siguientes puntos, queriendo hacer constar que es una interpretación puramente personal basada en deducciones que me parecen lógicas:

- Israel disponía de una ayuda americana ilimitada y sin condiciones, y su influencia en el Gobierno de los Estados Unidos y en los órganos representativos de este país, muy grande y en exclusiva.

⁶ *Op. cit.*, p. 118.

- La ayuda de la Unión Soviética a los países árabes, limitada y con condiciones, siendo la influencia de éstos en el gobierno y órganos representativos de aquélla nula.
- La capacidad de presión rusa respecto a Israel de un modo directo, escasa.
- Su capacidad de presión respecto a los Estados Unidos, relativa. Únicamente hacerle sentir temor de que la situación degenerara hasta convertirse en un conflicto abierto entre ambas.
- Lo mismo respecto a los árabes, mucha, por depender éstos de ella en exclusiva para el suministro de armas y para apoyarles en los organismos internacionales.
- Capacidad de presión de los árabes hacia los Estados Unidos, escasa entonces por el estado de división en que se encontraban, salvo que usaran del arma del petróleo en una política unida.
- Capacidad de presión de los árabes frente a la URSS, ninguna, salvo que se volvieran hacia los Estados Unidos.

Es lógico pensar, a la luz de estos supuestos, que Sadat no sólo deseara, sino que experimentara la necesidad de quitarle a Israel algo de su influencia con respecto a los Estados Unidos, acción en la cual sabía además sería secundado por los jefes de Estado de los países petrolíferos, particularmente por el rey Faisal de Arabia Saudita que, por los intereses estratégicos y petrolíferos de Estados Unidos en dicho país, era escuchado con atención por el gobierno americano. Además, así tendría opción para adquirir armas de otras fuentes distintas de las soviéticas y ayuda para sus planes de reactivación económica del país. Tampoco era un secreto para él que esos intereses petrolíferos norteamericanos deseaban mejorar las relaciones de su país con el conjunto de los árabes.

Esta política iniciada tuvo para Sadat la virtud de que la URSS volviera de su enfado y firmara con Egipto un tratado de amistad y cooperación por el que, a cambio de ayuda militar que aumentaba la capacidad defensiva del último, obligaba a su gobierno a pedir consulta al de la URSS de cualquier movimiento que hiciera, lo mismo en dirección a la paz que a la guerra, y no sólo a esto, sino a establecer contactos a nivel de organizaciones populares lo que suponía un acceso directo soviético a la política egipcia. También obligaba la URSS a Sadat, por ese acuerdo, a que buscara un arreglo con Israel, dentro del espíritu de las Naciones Unidas, tratando de evitar recurriera a la guerra pues no tenía ninguna confianza en su éxito

después de la derrota pasada y tratando con ello de evitar que ese acuerdo fuera buscado a través de los americanos. Es decir, todo con lo que Sadat deseaba acabar para disponer de más libertad de acción pero que, sin embargo, no tuvo más remedio que aceptar porque no le convenía ahondar la crisis tras su detención de los elementos prosoviéticos y porque necesitaba de aquellas armas. Sin embargo, los hechos demostraron después que estaba decidido a que los soviéticos no tuvieran tanta preponderancia en sus decisiones ni le impusieran su criterio y esto al año siguiente se vió bien claro cuando lo declaró año de la decisión queriendo dar a entender que si el conflicto con Israel no se resolvía de un modo pacífico en ese año él recurriría a la guerra. Como es natural esto creó una nueva fricción con los soviéticos pues esa declaración suponía un atentado al compromiso de la «solución pacífica» citada y además no les agradaba la perspectiva de verse obligados a intervenir si la guerra estallaba y ésta, como esperaban, no se inclinaba del lado egipcio ni mucho menos perder totalmente su influencia en Egipto si lo dicho sucedía y no intervenían. Sin embargo, el año pasó y no sucedió nada a pesar de que Sadat repitió su afirmación varias veces. Esto ha sido objeto de muchas interpretaciones por los distintos comentaristas políticos internacionales. Así, por ejemplo, Nadar Safrán en un artículo publicado en la revista *Orbis* en 1974, citaba, entre los motivos que tenía Sadat para hacer esa declaración, los siguientes: Desear mantener la paciencia de su pueblo durante más espacio de tiempo, dar la impresión de que había obtenido compromisos secretos por parte de los soviéticos para ayudarle en caso de guerra, utilizarla como medio de presión contra los Estados Unidos e Israel, obligar a los soviéticos a definirse, presionándoles para que le suministraran armas ofensivas y un apoyo mayor del que hasta entonces le habían dado. Caso de rehusarle dichas armas y ese grado de apoyo serían ellos los que justificarían a los ojos de sus jefes militares su deseado alejamiento de la esfera soviética para acercarse a la americana. De todo esto, sólo obtuvo, según Safrán, éxito en obligar a los soviéticos a disminuir su oposición al uso de la fuerza y a que aumentaran su ayuda militar, aunque ésta aún siguió insuficiente y acomodada al espíritu de distensión que había surgido entre las dos superpotencias tras la conferencia que con este fin se había celebrado en Moscú⁷.

Sin embargo, otra especialista americana, Coral Bell, dice en la revista *International Affairs* que «comparando el curso de la acción

⁷ NADAR SAFRAN: «Arab politics, peace and war», *Orbis*, Tuft University USA, p. 388.

de Anuar as Sadat en esta crisis con la que siguió el presidente Nasser en la de 1967, uno se queda sorprendido por la mayor sutilidad y astucia del primero. La política de Sadat puede considerarse una lección de cómo negociar partiendo de una posición de debilidad diplomática. Esta debilidad diplomática relativa surgía del hecho de que Egipto era más bien un aliado marginal para la Unión Soviética, y ésta lo había puesto de manifiesto de un modo brutal. Ciertamente que su conexión con la URSS había asegurado a Egipto desde 1955 una cantidad grande de ayuda económica y más aún militar, pero esto sólo indicaba la dependencia de Egipto en dicha conexión y no el valor que se daba a ésta en la URSS. Para los jefes navales rusos era valiosa, pero aun entre ellos había una motivación que contrapesaba ese entusiasmo, en el sentido de que no debía haber una indebida identificación con los intereses estratégicos egipcios que, obviamente, tenían que buscar la reapertura del Canal de Suez, lo cual sólo podía asegurarse por el consentimiento americano-israelí junto al egipcio»⁸.

Durante el año 1971 y la primera mitad del 1972, al no haberse cumplido «la decisión» tan repetidamente anunciada por Sadat para resolver la desesperante situación de «ni guerra ni paz», hubo manifestaciones de estudiantes en que mostraban su descontento, al que se unió el de los trabajadores por el paro creciente, el que, a su vez, se debía a la ausencia de inversiones durante todos esos años que siguieron a la guerra de los Seis Días, y para ensombrecer el cuadro, hubo también interrupción de los servicios públicos. La falta de repuestos para el armamento y material hacía imposible pensar en desalojar al enemigo de la orilla oriental del Canal de Suez y, por consiguiente, en reconstruir las ciudades a ambos lados de sus orillas, antes orgullo de Egipto y ahora en ruinas y, lo que era peor, con un millón de habitantes apiñados en poblados sin capacidad ni condiciones para albergarlos.

Vemos al presidente egipcio presionado por todas partes. En el interior por los estudiantes, frustrados en su patriotismo árabe, lo mismo que los intelectuales, periodistas y hasta los jefes y oficiales de las Fuerzas Armadas. Todos estaban descontentos y desmoralizados y no ahorraban sus críticas al presidente. En el frente, los estudiantes estaban cansados por no poder continuar sus carreras y los jefes y oficiales por la angustiosa espera que no llevaba a ninguna decisión.

⁸ CORAL BELL: «Middle East: Crisis management during detente», *International Affairs*, Royal Institute of International Affairs, Oxford University, London, octubre 1974, p. 533.

En fin, los obreros por la falta de trabajo debido al marasmo económico que llevaba al país a la ruina. En el exterior, las presiones más fuertes venían de los Estados Unidos, con los señuelos económicos para llegar a una «solución pacífica» y de los radicales árabes como Libia, Irak y Siria y, por supuesto, los palestinos, que justamente rechazaban dicha solución y abogaban por lo contrario, criticando duramente al presidente egipcio. Durante esta crisis, en que Sadat gobernaba por decreto al frente de un gabinete de guerra, surgió la propuesta del presidente libio Muammar Al Gaddafi de unión de los dos países, comprometiéndose a poner todos sus recursos a disposición de Egipto. Sadat no la tomó en consideración, y respecto a esto se ha hablado y escrito mucho. Resumidas estas informaciones hacen suponer que Sadat pensó que Gaddafi aspiraba a erigirse en el jefe supremo árabe, heredero de la obra de Nasser, que lo convertiría de un líder sin pueblo en líder de un pueblo que, según él, no lo tenía. También se ha dicho que quizá temiera que esta unión, aunque no convirtiera a Gaddafi en líder supremo, le haría más influyente y tornaría en más radical la política del mundo árabe ante Israel, con la consiguiente mayor intransigencia de éste. Y no sólo estaba la enemiga de Israel, sino la de los jefes de Estado árabes más conservadores, y a su cabeza la casa real saudita, por la probada animosidad de Gaddafi hacia los regímenes monárquicos proclamada por él mismo en razón de una supuesta corrupción y entrega al imperialismo americano. En términos simples, podemos decir que Sadat cambiaba la ayuda de Gaddafi por la de Faisal.

Por parte de la Unión Soviética había, por un lado, su frustración ante la derrota, que se tradujo en ásperas críticas al ejército egipcio, pues cuando el Gobierno egipcio se quejó de los suministros de armas soviéticos, aduciendo que éstas no estaban en perfecto estado, los rusos dijeron que sí lo estaban y eran muy eficaces, como lo demostraba el uso que los vietnamitas habían hecho de ellas. Lo que era dudoso, en su opinión, es que los egipcios las hubieran utilizado de un modo correcto. Por la otra estaba el hecho aludido por Coral Bell de la distensión ruso-americana, que en mayo de 1972 había llegado a su punto álgido con la reunión cumbre de Moscú entre el presidente Nixon y el secretario general del partido comunista soviético, Leonidas Brechnef.

Después de esto, en junio de 1972 se produjo la brusca decisión de Sadat de expulsar a los 20.000 asesores soviéticos que había en el país, hecho que causó sorpresa en los medios occidentales. Hubo comen-

taristas que dijeron que la decisión había sido llevada a cabo por la aspereza con que las fuerzas armadas egipcias habían sido tratadas por los rusos. No encaja esto en la psicología del presidente Sadat, de la que hemos hablado. Esta tuvo que ser una decisión muy meditada y llevada a cabo en el momento oportuno, es decir, después de la reunión cumbre citada. Su objeto: atraer a los Estados Unidos a llenar el vacío dejado por la URSS en la influencia en la zona y hacer que mostraran más comprensión por la causa árabe, en general, y por su país, en particular. Entonces, dijo en un discurso Sadat, su deseo de llegar a la paz efectuando una retirada paso a paso. Los primeros resultados no fueron muy alentadores, pues los Estados Unidos no hicieron ningún movimiento en ese sentido, y esto Sadat lo atribuyó a la proximidad de las elecciones presidenciales. Sin embargo, cuando después de celebradas las citadas elecciones, envió a su asesor para asuntos de la seguridad nacional, Hafed Ismail, en misión especial para explorar la voluntad americana, aquél volvió con un desalentador informe que señalaba que el Gobierno de los Estados Unidos, lanzado por la vía de la distensión, no deseaba sustituir la influencia soviética en Egipto, sino que esta potencia limitara su intervención en los asuntos de la zona, y además que los árabes, tras su derrota en 1967, no podían pedir esa retirada, sino ateniéndose a las condiciones israelitas, es decir, reconocimiento y un tratado de paz. Es decir, que la política de Sadat quedaba, como no podía por menos de suceder, encuadrada en el contexto de las relaciones USA-URSS, con tendencia en ese momento a la distensión, que no sólo afectaba a las relaciones de la URSS con los árabes, sino que también afectaba, por supuesto, a las relaciones que los Estados Unidos sostenían con Israel.

Sin embargo, a pesar de la irritación que Sadat aparentaba tener contra los soviéticos, éstos eran los únicos que podían proporcionarle las armas de avanzada tecnología que necesitaba, si se decidía a recurrir a la guerra para deshacer las consecuencias de la de 1967, ya que la otra opción, la diplomática, no ofrecía muchas posibilidades. Esta podría centrarse en inducir a los soviéticos a que presionaran sobre los americanos para que, a su vez, éstos obligaran a los israelíes a hacer concesiones o la posibilidad dicha del acercamiento directo, que ya hemos analizado, ambas difíciles en este clima de distensión. No quedaba más salida para la crisis interna egipcia que una acción violenta, calculada para conseguir unos objetivos bien meditados que propiciaran esa intervención de las grandes potencias

en el sentido dicho y lograr un acuerdo territorial aceptable para los árabes.

Los quince meses que mediaron entre la expulsión de los asesores soviéticos y el ataque sirio-egipcio a Israel el 6 de octubre de 1973 ofrecen, en palabras de Coral Bell, «un limpio rompecabezas histórico de señales ambiguas resultante en una sorpresa estratégica»⁹, porque, cuando en diciembre de 1972, Sadat dijo que las fuerzas armadas egipcias estarían dispuestas para la guerra en seis meses, ni los israelíes ni los americanos ni quizá los rusos parecieron tomar en serio su declaración, pues ya llevaba dos años diciendo que ese año sería el «año de la decisión». Se le atribuía la postura de «deseoso de herir, pero temeroso de atacar», y esto resultó un camuflaje eficaz para sus reales intenciones, que esta vez iba a llevar a la práctica.

Yo no creo que los servicios de información norteamericanos ni los israelíes, tan eficientes siempre, no supieran los planes del presidente egipcio y, por supuesto, los soviéticos, con su creciente abastecimiento de armas sofisticadas, tenían que pensar que podía haber algo más que bravatas. Lo que yo creo, y así lo expresé en un trabajo publicado poco después de la citada Guerra del Ramadán, es que los israelíes tenían exceso de confianza en sí mismos y gran desvalorización hacia sus enemigos, sentimiento del que habían contagiado a los americanos¹⁰. En apoyo de esta idea están las informaciones que después de la guerra se abrieron por el Gobierno israelí para que los mandos militares explicaran las causas de la sorpresa conseguida por los árabes. Yo leí en una revista que ahora no recuerdo el resumen de una de esas informaciones llevada a cabo por Simón Agranat, en la que, después de catorce meses de oír a puerta cerrada a diversas personalidades responsables, arrojaba la mayor parte de la culpa sobre el general Samuel Gonen, comandante del frente meridional israelí, y sobre el jefe de Estado Mayor, David Elazar.

Después de lanzado el ataque, Sadat dice que durante los dos primeros días los soviéticos le presionaron para que detuviera la guerra, e incluso el embajador ruso le dijo que los sirios habían pedido un alto el fuego, cosa que él sabía positivamente que no era cierta, pues llevaban una acción bien coordinada. Esto era por el temor que los rusos tenían de que los ejércitos sufrieran una rápida y gran derrota. Cuando, después de pasada la primera semana, vieron que la acción egipcia podía tener un gran éxito, abandonaron su

⁹ CORAL BELL, *op. cit.*, p. 533.

¹⁰ FERNANDO FRADE: «Algunas lecciones de la guerra árabe-israelí de 1973», *Ejército* número 420, Madrid, enero 1975, p. 42.

aprensión, que volvieron a adquirir cuando en la segunda semana los israelíes modificaron la situación con su penetración al otro lado del canal y cerco del Tercer Ejército egipcio. Entonces invitaron urgentemente al doctor Kissinger a Moscú para manejar la crisis de un modo conjunto.

No sabemos qué hubiera pasado si la guerra hubiera continuado. Iraquíes y palestinos reprocharon grandemente a los Gobiernos egipcio y sirio, pero especialmente a Anuar As Sadat, haber aceptado el alto el fuego. El mando nacional y regional del partido *Baaz* y el Consejo del Mando de la Revolución iraquí difundieron un manifiesto a las masas árabes en el cual aclaraban su postura respecto a la guerra de octubre, respecto al cese de las hostilidades y a la política que adoptaron los diferentes regímenes árabes. Este manifiesto fue ampliado en el informe del congreso regional del partido celebrado en enero de 1974 y publicado en el diario *Az Zaura*, de Bagdad, y reproducido en la revista *Mundo Árabe*. El informe, en su comienzo, dice lo siguiente:

«La guerra que estalló el 6 de octubre de 1973 no cogió de sorpresa al partido *Baaz*, puesto que desde hacía relativamente mucho tiempo el mando preveía la posibilidad de que los regímenes sirio y egipcio, influenciados por algunas potencias extranjeras e incluso por algún otro régimen árabe, iniciaran una acción militar contra Israel, con objeto de movilizar la situación de la zona y facilitar la aplicación de una solución pacífica que, en realidad, buscaban Siria y Egipto»¹¹.

Es decir, que les acusan de buscar un objetivo limitado, cuyo máximo alcance sería la aplicación de la resolución 242 del Consejo de Seguridad, de noviembre de 1967, que no llena las aspiraciones de las masas árabes, especialmente con la interpretación israelí de la resolución, de la que ya hemos hablado. Esas aspiraciones de las masas árabes no eran una solución pacífica parcial del problema, en la que, según esos críticos de los Gobiernos egipcio y sirio, muchos intereses, y en especial los de los palestinos, no se iban a tener en cuenta, sino la liberación total o parcial de los territorios ocupados en la guerra de 1967.

La liberación de Palestina, incluso en lo que se refiere a los territorios ocupados en 1948, es una solución ideal, y el realismo de Anuar As Sadat veía que en la situación actual del mundo árabe, y a la

¹¹ «Taqrir an harb Tichrin al aual "october" 1973», diario *Az Zaura*, Bagdad, 13 de junio de 1973. Trad. Rev. *Mundo Árabe*, con el título: «La participación iraquí en la Guerra del Ramadán», núm. 2, Madrid, agosto 1974.

vista de la acción de las grandes potencias a que hemos aludido, no era posible. Los árabes más la ayuda rusa, no tenían la fuerza de Israel más la ayuda americana, ni tenían el grado de identidad de objetivo necesaria para conseguir una perfecta unión. Una vez que los israelitas cruzaron el canal y cercaron al Tercer Ejército egipcio, se negaron a retirar sus fuerzas a las líneas del 22 de octubre si antes las partes árabes interesadas no se sentaban a la mesa de las negociaciones, que, por cierto, no iban a tener por objeto la devolución de todos los territorios ocupados en 1967. Para Kissinger fue fácil convencer a egipcios e israelíes, a través de su «diplomacia viajera»: a los egipcios les espejeó el valor psicológico de mantener un territorio conquistado por ellos en la otra orilla del canal; a los israelitas, conseguir las ansiadas negociaciones directas. Ese fue el «primer paso», un arreglo militar conseguido entre los generales de ambos bandos. Los acuerdos firmados el 18 de enero de 1974 establecían que los ejércitos quedarían separados por una zona de desenganche en la orilla oriental del canal y controlada por una fuerza de las Naciones Unidas, que cuidarían se observara una limitación de tropas y armamentos a ambos lados. Ambas partes se comprometieron a ir más allá de este primer paso en dirección a una paz final, justa y duradera, de acuerdo con las resoluciones de la ONU.

En lo que se refiere a Siria, el desenganche costó más trabajo, pues quería una zona de tierra que incluyera parte de la conquistada por Israel en 1967, sin que conservara nada de lo reconquistado en el primer avance en 1973, pues habían sido rechazados por los israelíes antes del alto el fuego hasta más allá de las zonas que ocupaban al iniciarse el ataque del 6 de octubre. No obstante, a cambio de la entrega de prisioneros israelíes de guerra y apoyada por un nuevo e intenso suministro de armas soviéticas, que le permitió anunciar una nueva guerra de desgaste, consiguió Kissinger, en mayo de 1974, el acuerdo de desenganche sirio-israelí en los términos dichos y con el compromiso de ir a Ginebra. El mandato de las fuerzas de las Naciones Unidas tendría en esta zona una duración de seis meses. Dos meses antes de hacerse público este acuerdo, se había publicado el informe de Agranat, al que hemos hecho referencia, y aunque sólo acusó a los jefes militares y no al Gobierno, la indignación popular hizo que el ministro de la Guerra, general Dayan, dimitiera, y que el Gobierno de Golda Meir quedara bastante debilitado, dimitiendo a su vez la jefe de Gobierno israelí pocos días después, eligiéndose a Isaac Rabin para sucederla.

Otros puntos importantes a tener en cuenta en el conjunto del problema y que constituían bazas para el presidente Sadat era el embargo del petróleo, con la subsiguiente subida de su precio y la reapertura del Canal de Suez, deseada grandemente, no sólo por los Estados Unidos, sino tanto o más por la URSS. Esto era debido a la facilidad de transporte de sus recepciones de petróleo iraquí, que comenzó a comprar en 1972 para poder atender a sus compromisos con los países de Europa oriental sometidos a su influencia y también a algunos de Europa occidental. En la forma en que se hacía antes de abrirse el Canal, es decir bombearlo de Kirkuk a Baniyas, en Siria, y de allí a sus clientes por mar, era más caro, y respecto al procedente de Rumaila, no había ningún oleoducto al Mediterráneo y debía dar la vuelta por el cabo de Buena Esperanza. Así, cuando después del alto el fuego y desenganche se hicieron provisiones para una eventual reapertura del canal, aunque los Estados Unidos representaron el papel principal en la confección de un compromiso, relegando a los soviéticos a una acción diplomática lateral, Moscú alentó el esfuerzo americano porque la apertura del canal era una de sus más importantes prioridades. Una vez conseguido su objetivo, Moscú endureció su posición en los problemas de Oriente Medio, interfiriendo en los intentos americanos de conseguir un acuerdo temporal en el frente de Golán, alentando la continuación del embargo del petróleo y prestando un apoyo diplomático mayor que nunca a la Organización para la Liberación de Palestina¹².

Por último, un apoyo muy importante para Sadat fue el que le prestó el rey del país más importante para el mundo accidental desde el punto de vista petrolífero, Faisal de Arabia, y con él los demás países productores, pero Faisal tenía también influencia en los países islámicos no árabes, africanos y asiáticos, a los que ayudaba continuamente, y se vio claro en el apoyo decidido que prestaron a la causa árabe, y también la tenía con Norteamérica, país clave para Sadat.

El alto el fuego no satisfaría las aspiraciones de los radicales árabes, y quizá si Sadat hubiera ordenado a todas sus fuerzas la destrucción de la israelita que había cercado al Tercer Ejército lo habría conseguido; pero, ¿a qué precio en vidas y destrucciones? Pues para esos momentos, Norteamérica, en una operación de reabastecimiento de armamento y material sin precedentes, había dotado al ejército

¹² A. JAY KLINGHOFFER: «Soviet oil politics and the Suez Canal», *The World today*, The Royal Institute of International Affairs, Chatam House, London, octubre 1975, p. 400.

israelí de sus armas más modernas. No sé si habrían actuado también unidades americanas de aviación o misiles desde barcos. Por su parte, la URSS no se había mostrado tan generosa con Egipto, que casi había agotado su capacidad ofensiva en su esfuerzo y necesitaba nuevo material y repuestos. En realidad, a URSS no le interesaba ni le interesa una victoria árabe rotunda, sino mantener el *status quo* para poder intervenir en los asuntos de la zona.

Por otra parte, Sadat y sus colaboradores, que trataban con los dirigentes soviéticos, tuvieron que darse cuenta, a través de las exigencias de éstos de que satisficieran sus tremendas deudas por el armamento suministrado, de que la situación económica de la URSS no es buena y que poca ayuda exterior puede dar a sus aliados, pues la necesita para ella, y bien claro está en la cuestión de los envíos de trigo desde los Estados Unidos, que éstos le dan con condicionamientos políticos. Si no, es probable que no hubiera dejado tanto protagonismo a los americanos en la resolución de la crisis a través de los acuerdos paso a paso. Lo único que le quedaba hacer es endu-recer la solución pacífica a través de los países en los que conserva influencia, uno de ellos, el principal, Siria, dándole una generosa ayuda en armamento y a través de su construcción de la presa del Eúfrates, vital para ella. Ahora mismo hay en Siria unos tres mil asesores soviéticos.

Podemos resumir que, aunque Sadat no consiguiera un éxito militar rotundo, sí lo obtuvo político a escala mundial, sobre todo al contar con el apoyo de sus países hermanos productores de petróleo. Rompió el famoso *stalemate* y acabó con la política israelí de orgullo e intransigencia. América, como me dijo un amigo egipcio en cierta ocasión con frase gráfica, «se ha cansado de su hijo guapo, que le costaba mucho dinero», y esto le ha hecho caer en la agonía, como dice el famoso presidente del congreso judío mundial, Nahum Goldman, en el último número de la revista *Foreign Affairs*.

«Los pasados veintisiete años han probado que el enfoque utilizado hasta ahora ha fracasado y fracasará. Ahora, desafortunadamente, el tiempo se está haciendo corto»¹³. Más adelante: «Por consiguiente, la política de paso a paso causa un estado de agonía permanente»¹⁴. ¿Agonía para quién? No cabe duda que para Israel, aunque Goldman no lo diga explícitamente, pero bien lo expresa en

¹³ NAHUM GOLDMAN: «Psychology of Middle East peace», *Foreign Affairs*, octubre 1975. página 116.

¹⁴ *Ibidem*, p. 120.

el párrafo anterior cuando explica por qué el tiempo se está haciendo corto: «Además, los israelíes deben comprender que el tiempo trabaja contra ellos, a la vista del tremendo nuevo poder económico y, por consiguiente, político del mundo árabe»¹⁵.

No cabe duda que Sadat sabe que, a pesar de todas sus dificultades, si consigue un «trozo de tierra», no es a cambio de un «trozo de paz», como quieren sus enemigos, sino que sume en una mayor agonía a éstos, y eso siempre es una buena política, pues rebaja su moral. Demostró 1973 que se había acabado la absoluta superioridad israelí y que en lo sucesivo la guerra sería mucho más costosa para ellos en vidas humanas, que no pueden permitirse el lujo de derrochar. Es decir, que Israel ya no puede confiar en su superioridad para sobrevivir, porque ésta no será suficiente, aunque los Estados Unidos echen todo el peso de su potencia a su lado, que no parecen dispuestos a hacer, salvo que el petróleo perdiera su valor. Por eso han de someterse a los pasos, pero pasos hacia atrás, no a su ideal de la Tierra Prometida, desde el Nilo hasta el Eúfrates. Ha tenido que hacer ver a los dirigentes israelíes que necesitan hacerse aceptar por sus vecinos árabes, pues a medio y a largo plazo, con una mejora creciente de éstos en instrucción militar, armamento y voz entre la mayoría de los países del mundo, el coste del mantenimiento de la seguridad de su Estado por medio de «un brazo militar fuerte» y el coste del mantenimiento de las conquistas de 1967 se harán intolerables, y conforme más tiempo pase sin obtener una satisfacción apropiada, más intransigentes se mostrarán los árabes. Esto no sólo lo ven Sadat y Kissinger, sino el contribuyente norteamericano, de quien salen los miles de millones de dólares en ayuda de Israel. Por esto, lo que espejea Kissinger ante los judíos es que deben fijar sus objetivos de modo que entrañen una forma de seguridad menos tensa, que más que recalcar que sus fronteras sean seguras y reconocidas, sean además aceptables para los árabes. Esto es lo difícil: saber cuáles son las fronteras que Israel está dispuesto a aceptar y los árabes a reconocer, y más difícil aún su aceptación por los palestinos, así como la aceptación por los israelíes de un Estado palestino. Esta es la cuestión clave a resolver. Lo mismo Sadat, que Assad, que sus representantes, lo han proclamado continuamente. El presidente sirio recientemente lo ha hecho a un corresponsal de la revista *Time*: «Una paz justa en la zona requiere una total retirada de los territorios

¹⁵ *Ibidem*, p. 116.

ocupados en 1967 y reconocimiento de los derechos nacionales del pueblo palestino»¹⁶.

En este sentido, tanto Israel como los Estados Unidos dieron un tímido paso. El primero favoreciendo su primer ministro, Igal Al-lon, que se hiciera una declaración reconociendo la existencia del pueblo palestino, y los segundos al aceptar Nixon firmar, conjuntamente con Sadat, el 14 de junio de 1973, una declaración en la que aparecían las siguientes palabras: «Una paz justa y duradera debe tener en cuenta el legítimo interés de todos los pueblos de Oriente Medio, incluido el palestino, así como el derecho a la existencia de todos los pueblos de la zona». Ciertamente que en la declaración no se puso la fórmula árabe: «los legítimos derechos del pueblo palestino», sino «sus intereses», y que, a cambio, Sadat, endosó el derecho a la existencia de todos los Estados de la zona, lo cual era un avance compartido por muchos árabes, no sólo palestinos, y que acreditó el valor de Sadat ante el riesgo de ser acusado de abandonar la causa árabe en el exterior y la herencia de Nasser en el interior.

El acto de Sadat influyó en Siria a que siguiera sus pasos, o quizá lo hizo ésta en una política coordinada, y una vez que Siria se unió al acuerdo, la OLP se vio en la necesidad de redefinir su estrategia y sus objetivos. Se veía ante el dilema de seguir la lucha armada hasta el final, como propugna el «frente de rechazo», hasta conseguir el ideal de liberar toda Palestina, objetivo sumamente difícil, o unirse al tren del acuerdo con la finalidad de establecer un Estado propio en sólo algunas partes de la Palestina ocupada en 1967. En la conferencia que la Organización celebró en El Cairo en 1974 se vio que había una tendencia fuerte a restablecer la entidad nacional en partes de la Palestina que se liberaran. Sin embargo, hay que contar con Israel y que éste reconozca la existencia del pueblo palestino; no quiere decir que lo reconozca como un socio independiente en la negociación, y aquí está de nuevo la acción de Sadat y de Kissinger. Ellos hubieran preferido tener como interlocutor al rey Husain, como representante de ese pueblo palestino, pero esto ya no es posible por decisión conjunta de todas las naciones árabes, tomada en la cumbre de Rabat, incluida Jordania. También aquí Sadat mostró su tacto consiguiendo que Husain aceptara, antes de la cumbre de Argel, una fórmula de compromiso reconociendo a la OLP como única representante de los palestinos fuera de Jordania, a cambio de que los palestinos tuvieran una delegación separada en la Conferencia de

¹⁶ ASSAD: «Other routes to peace», *Time*, 8 diciembre 1975, p. 12.

Ginebra. Esta fórmula, aunque no resolvía el problema de quién representaba a los habitantes de la orilla occidental del Jordán, era el primer paso hacia un compromiso interárabe en la cuestión palestina, que luego las cumbres de Argel y Rabat determinarían.

Siria, a pesar de haber renovado el mandato de continuación en la zona de desencanche a los cascotes azules, ha manifestado, por boca de su presidente, su opinión de la política del *step by step*, después del último paso dado por Egipto con el acuerdo provisional de retirada del Sinaí que le devolvió los pozos petrolíferos de Abu Rodeis y dejó en manos americanas los importantes puestos de Yidi y Mitla, separando a ambas fuerzas. El acuerdo lo habrán leído los lectores de esta REVISTA en su número de septiembre-octubre pasado¹⁷, y habrán visto que, como en él se dice, sólo es un paso, que sigue al dado el 18 de enero de 1974, hacia una paz justa y duradera, de acuerdo con las previsiones de la resolución 338 del Consejo de Seguridad, pero no es un acuerdo de paz definitivo.

Siria no acogió bien este acuerdo y su parlamento lo rechazó, acusándolo de minar la lucha conjunta de los pueblos sirio y egipcio. En realidad, el Gobierno sirio no es partidario del *step by step*, lo mismo que la OLP y que la URSS. Para Assad, según sus declaraciones citadas a *Time*, el camino ideal para conseguir la paz justa es el Consejo de Seguridad, y siempre incluyendo la cuestión de los palestinos. Otro menos bueno, la Conferencia de Ginebra con participación de la OLP.

Sin embargo, pensamos que un acuerdo parecido al del Sinaí, retirándose los israelíes del Golán, podría encontrar oídos propicios en el presidente Assad, que todavía no ha reconstruido la ciudad de Kuneitra. Entonces la situación estaría madura para pasar a la Conferencia de Ginebra, como dijo el presidente Sadat en su reciente discurso en la inauguración de la quinta sesión de la Asamblea del Pueblo, pero esto es difícil que lo acepten los israelíes y más difícil todavía que aceptaran la presencia de los palestinos en la Conferencia de Ginebra, que debería celebrarse después, excepto que lo hicieran metidos en una delegación jordana.

Son todos éstos escollos que tendrá que salvar la política paso a paso de Anuar As Sadat, hasta llegar a Ginebra y quizá al histórico compromiso al que deben llegar los árabes con los judíos en la cuestión de Palestina, de que habla el editor de *Jeune Afrique*, Bechir Ben Ahmed:

¹⁷ REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL, Instituto de Estudios Políticos, núm. 141, Madrid, septiembre-octubre 1975, p. 374.

«Los judíos, y particularmente los israelitas, han fallado en comprender que los árabes no podían negociar tal compromiso mientras permanecieran débiles y derrotados y mientras los palestinos fueran considerados como simples refugiados. Para ponerlo de un modo más preciso: antes de octubre de 1973, los árabes no podían negociar; los israelíes no querían. La nueva, quizá decisiva situación surgida de la guerra de octubre de 1973 es que ahora los árabes están en posición de negociar y los israelíes ya no están en posición de rehusar las negociaciones, y los judíos del mundo tienen un gran interés en este proceso negociador»¹⁸.

A la vista de todo lo expuesto y teniendo en cuenta la fuerza y reconocimiento internacional que la causa árabe ha conseguido, creo que la política de Sadat ha sido prudente, cautelosa, paso a paso y que no le ha dado mal resultado. Los Estados Unidos quieren que no se suba el precio del petróleo y, a ser posible, se rebaje, quieren también que no se haga desaparecer en el futuro al Estado de Israel, cuando el mundo árabe sea más fuerte que ahora, y quieren, por último, ganar tiempo durante estos lentos pasos antes de reanudar la Conferencia de Ginebra, que procuran dilatar todo lo posible. Sadat desea continuar la negociación por razones tácticas y desea se unan a ella Siria y la OLP, con el fin de recuperar nuevas tierras; pero «sin concesiones políticas que, en algún modo, impliquen el reconocimiento de Israel», como decía Arnaud de Borchgrave, uno de los mejores conocedores de estas negociaciones, en la revista *Newsweek*¹⁹.

Así, los Estados Unidos han cedido también en la cuestión suscitada por Siria de debatir la cuestión de Oriente Medio—que se celebrará el 12 de enero de 1976—con la participación de la OLP. El texto de la resolución decía que se examinaría el problema de Oriente Medio con inclusión de la cuestión palestina, y el presidente del Consejo de Seguridad declaró que la mayoría del Consejo entendía que debía invitarse a los representantes de la OLP a participar en el debate. La aceptación por Estados Unidos suponía su falta a la promesa hecha a Tel Aviv de evitar negociaciones con la OLP hasta que ésta aceptara el derecho de Israel a la existencia, pero estaba en juego un paso con Siria, pequeño pero importante, como era el

¹⁸ BECHIR BEN YAHMED: «Doomed to peace», *Foreign Affairs*, vol. 54, núm. 1, Nueva York, octubre 1975, p. 128.

¹⁹ ARNAUD DE BORCHGRAVE: «A tale of lost opportunity», *Newsweek*, 18 de noviembre 1975, página 25.

de renovar el mandato a la fuerza de las Naciones Unidas para permanecer seis meses más en la zona de separación, que aquélla se negaba a autorizar si no se admitía a los representantes de la OLP a participar en el citado debate. Pero el agravio a los israelíes se hizo mayor dos días más tarde, cuando tras los bombardeos de su aviación a los campos de refugiados palestinos en el Líbano, con los 109 muertos, la mayoría mujeres y niños, se convocó una sesión urgente del Consejo de Seguridad y se invitó a los representantes de la OLP al mismo sin que los Estados Unidos pusieran su veto, aunque sí lo puso a la resolución condenatoria, lo que provocó el boicot de Israel a la misma, como también su Gobierno aprobó el boicot del debate del 12 de enero. ¿Cuál es la verdadera razón de la moderación del Gobierno de los Estados Unidos, negándose a boicotear estas resoluciones? Creo que sin las decisiones de Sadat no habría sucedido esto, ni tampoco si los países árabes no hubieran decretado el embargo del petróleo tras la guerra de 1973. Creo que también Sadat espera que, al final, el presidente Assad seguirá la política del paso a paso y que, unidos, podrán convencer a los israelíes a que hagan concesiones. Dentro de éstos se ha desencadenado la división y se han ahondado las luchas internas, pues cada vez se ven más aislados en todo el mundo.

También podría pensarse que la acción de Egipto con Siria sea más coordinada de lo que la gente piensa y que Siria adopte la postura dura para así el mundo árabe asegurarse el apoyo de la URSS, y Egipto se adapte a la política de Kissinger para restar influencia de Israel sobre Estados Unidos y de paso beneficiar a su país. Lo que yo creo nadie debe pensar es que ningún país árabe abandone la causa palestina.

FERNANDO FRADE

